

PERIODICO SEMI-DIARIO

ADMINISTRADOR Y PROPIETARIO,  
**R. SARACHAGA**



DIRECTOR,  
**JORGE NAVARRO**

¡SOLO DIOS BASTA!



*Teresa de Jesús.*



## SUMARIO

TEXTOS *Ávila y Santa Teresa de Jesús*: Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Obispo de la Diócesis.—*Dos palabras sobre la fé*: Excmo. Sr. D. Isidro Benito.—*Las dos madres*: D. Jorge Navarro y Almansa.—*O padecer ó morir*: Fr. Bonifacio de la Sagrada Familia, Prior de los Carmelitas Descalzos de Ávila.—*Soneto*: D. Esteban Paredinas.—*Santa Teresa y la Basílica de San Vicente*: Excmo. Sr. D. Enrique María Repullés de Vargas.—*Santa Teresa de Jesús, escritora*: Fr. Juan Vilá, de la Orden de Predicadores.—*Conflicto conjurado*: D. Marceliano Rivera.—*Bibliografía Teresiana*: D. Enrique Ballesteros.—*Los siglos bendecirán tu nombre*: Presbítero Spinola.—*Soneto*: D. Carlos G. Fernández.—*Programa de festejos*.

GRABADOS *Santa Teresa de Jesús*.—Cornisa de la fachada Sur de la Basílica de San Vicente.—Sepulcro de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta.—Monje del siglo xv, grabado de D. Julio Escobar.



### Ávila y Santa Teresa de Jesús

Así como las familias ostentan con orgullo sus blasones y se complacen en recordar los preclaros hechos de sus antepasados y transmitirlos á sus descendientes como otros tantos soles bajo cuyo influjo y ejemplo vivan y se muevan, así también las ciudades conservan con religioso cuidado el depósito de sus glorias, se envanecen con sus tradiciones y transmiten á sus hijos, rodeados de una aureola de triunfo, los nombres de aquellos inclitos personajes que echaron los cimientos de su celebridad y aumentaron con sus hechos memorandos sus títulos de grandeza. Perpetuar pues, en mármoles y bronce y celebrar con públicos festejos la memoria de aquellos de sus hijos que se distinguieron ora en el campo de las letras y de las artes, ora en el palenque de las armas, ora en el cielo de la santidad, obra nobilísima y digna es de una ciudad, que estima en lo que vale su pasado, quiere manifestar los timbres de su historia inmaculada, que la hagan acreedora de veneración y estima entre las actuales generaciones, y presentar á las venideras hermosos ejemplos, con cuya imitación acumular sobre su noble frente nuevos laureles que la enaltezcan más y más.

Preclara entre las preclaras, y sobre toda ponderación ilustre, es la historia de la antiquísima ciudad de Ávila; su honradez sin tacha, su caballerosidad proverbial, su nobleza eximia, su fidelidad á toda prueba, su fé inquebrantable; sin cuento sus sabios, sin número sus héroes, muchos sus santos; pero entre todos sus héroes y entre todos sus sabios y entre sus santos todos, descuella,

como arrogante ciprés entre flexible caña, la figura colosal de la Mística Doctora TERESA DE JESÚS, cuyo nombre bendecido, cuya historia celebrada, cuya virtud enaltecida, cuya santidad y ciencias admiradas traspasando las artísticas murallas de la Ciudad de los Caballeros, y las fronteras de la patria de los sabios, de los héroes y de los santos, llena el mundo cuan grande es, el que á pesar de su grandeza todavía es pequeño para contener tanta gloria.

Envanézcase la Ciudad de Ávila de ser la patria donde nació, y de poseer la cuna donde se mecía TERESA DE JESÚS; gloríese de tener en su recinto la veneranda celda donde fué transverberado el seráfico corazón de la Reformadora del Carmelo y el Monasterio de la Encarnación donde vivió más de cinco lustros y el Convento de San José, el primero que fundó, testigos ambos de las revelaciones inenarrables, y de los regalados favores, y de los sabrosísimos éxtasis con que su Divino Esposo tantas veces la enriqueció; celebre con solemnes cultos y espléndidas manifestaciones las fiestas de su excelsa Patrona, y todo buen avilés cifre su gloria en decir: «soy paisano de SANTA TERESA DE JESÚS.»

Pero Ávila no debe olvidar que TERESA DE JESÚS es la Santa del SOLO DIOS BASTA: que el aire que respira está embalsamado con el suavísimo aroma de las virtudes de la Mística Doctora; que siempre y en todas partes tiene ante su vista los ejemplos admirables de la gloriosa Fundadora y que á la Santa abrazada en amor de Dios solo agradar pueden las plegarias que broten de labios por el amor divino purificados, y los obsequios y homenajes que nazcan de corazones por el amor de Dios santificados.

Si Ávila quiere honrar, cual debe, á su Santa, y ser digna Patria de TERESA DE JESÚS, y merecedora de su protección y amparo, es preciso que imite sus virtudes. Sea Ávila modelo de ciudades españolas y cristianas; distingase por la nobleza de sus sentimientos, por el acendrado amor á su Dios y á su Patria, por la pureza y santidad de sus costumbres públicas y privadas, por su adhesión inquebrantable á la Sede de Pedro y á la sacrosanta religión por cuya extensión y defensa quiso la tierna niña Teresa dar su inocente sangre en un arranque de su varonil corazón.

Así Ávila corresponderá á su pasado, atraerá sobre sí las bendiciones de su Patrona y podrá exclamar

con santo orgullo y legítima delectación «TERESA DE JESÚS ES MI HIJA.»

† EL OBISPO DE AVILA

### DOS PALABRAS SOBRE LA FÉ

¿Cuál es el objeto de mi amor, cuando amo á Dios?—Lo he preguntado á la tierra y me ha respondido: No soy yo; y todo lo que en ella existe me ha dado la misma respuesta.—Lo he preguntado al mar, á los abismos, y á todos los vivientes que encierran, y me han respondido: No somos nosotros tu Dios; búscalo en una esfera superior á la nuestra.

SAN AGUSTÍN

¡Bendita sea la fé!... ¡Qué hermosa es!... ¡Cuán provechosa y cuán indispensable para la vida del hombre de razón!...

*Luz, voz, perfume, alimento, deleite que gozo en esa parte más íntima de mi mismo; en ese lugar invisible, en donde brilla á los ojos de mi alma un resplandor, á cuya difusión es imposible poner límites; donde se oye una melodía, cuya duración no reconoce el tiempo por medida; donde se exhala un perfume, que el aire no puede disipar; donde me alimenta un manjar delicioso, que mi avidez no puede disminuir ni destruir; donde me uno más y más estrechamente á un objeto infinitamente amable, sin que jamás experimente hartura de las delicias en que me embriaga su posesión,* llama San Agustín á la Caridad, que es el fruto sabroso que brota de la fé.

El germen reparador y fructífero de la fé anda perenne en el deshecho corazón del hombre, aunque éste se lo desee ni lo sienta, porque es la joya más estimable y rica que la Misericordia Altísima quiso salvar del horrendo naufragio de la primera culpa, para que, erigiéndose en soberana y señora del caído, le dictara reglas para su salvación, y le tendiera una mano bienhechora con que ganar la orilla.

Ese don sobrenatural é inefable que llamamos fé, no solamente es corona y complemento de la razón, sino que hasta parece indispensable á la existencia de la razón digna; tales son el ansia y necesidad que esta tiene (para el mejor uso de sus fueros y derechos) del auxilio de los prestigios y excelencias de la fé. Por la excelsa mediación de la fé se abre á la actividad intelectual ese vastísimo horizonte de las verdades sobrenaturales, en cuyo campo, superior al hombre, no puede penetrar por sí sola la razón. Ella le presta su concurso poderoso hasta en la esfera de los conocimientos del orden natural, y contribuye de una manera eficaz y asombrosa al progreso intelectual. Ella, por último, hace sentir prodigiosamente su benéfica influencia en la sociedad racional, la cual, sin su valioso influjo marcharía á hundirse sin remedio en los abismos de la barbarie.

Desde el primer instante en que el hombre ejercita la noble facultad de pensar, comienza á tener fé, porque es tan exuberante y poderosa la bendita fé, que ella es, al mismo tiempo, causa y producto de la reflexión. Es esa corriente invencible y misteriosa que, á despecho de los afectos rebeldes y bastardos, contiene y para al hombre, para ponerle en comunicación con el hombre, al fin de que quede constituida y viva, esa grandiosa é inextinguible obra que se llama *Sociedad humana*. Si esa mágica corriente no existiera, toda relación entre los hombres quedaría suspendida ó anulada, porque fué tan terrible y tremebunda la fatal caída de nuestro padre Adán, que, á partir

de entonces, no existe en el mundo criatura alguna que más odio abrigue contra su semejante, ni hermano que tenga mayor desconfianza de su propio hermano.

Pero ¡ay!... Que cabalmente esa corriente mágica, cuyo principio desconocemos, al avasallarnos dulcemente estableciendo las continuas relaciones entre hombre y hombre, nos permite apreciar nuestro escaso valor, siquiera nos limitemos á observar el escaso valor de nuestro prójimo, y esto nos conduce, lógica é insensiblemente, á buscar un nuevo orden de relaciones con otro ser más noble y elevado. Entonces la fé se agranda y se enriquece, y entonces perciben los oídos incansables de nuestra alma aquellas frases encantadoras, que tanto impresionaron al gran San Agustín: *No somos nosotros tu Dios; búscalo en una esfera superior á la nuestra.*

La observación supone deseos de conocer, indica curiosidad, y por lo tanto, necesita del concurso de la fé; y como quiera que la observación es el acto preliminar de la operación de pensar, de aquí que yo deduzca que la fé sea la causa de pensar... Pero es que la fé también es producto de la reflexión.

Cuando el hombre, constituido en sociedad, merced á ese fluido misterioso, habla á voces á su hermano para recriminarle ú ofenderle, ¿quién es el que quedo, muy quedo, habla á la razón del ofendido para consolarle y animarle?.. Y cuando el hermano ama al hermano, ¿quién suma al contento que nace de ese mismo amor el nuevo contento que produce la reflexión de que se alegra el bien amado?.. Talismán tan misterioso é inmutable, que con igual precisión se manifiesta en situaciones tan diversas, no puede ser otra cosa que la fé, producto de la reflexión..

La fé, pues, es á modo de tallo celestial que la misericordia de Dios planta en nuestra alma; tallo sobrenatural y siempre verde, que, al echar hondas raíces en el rugoso y combatido corazón humano, lo robustece y vivifica para nueva vida, lo aquieta y lo ennoblece, y cría, para nuestra dicha eterna, el fruto dulce y sabroso del *Amor de Dios.*

Por eso la fé cristiana de Teresa; por eso la sublime y envidiable caridad de la mística esposa de Jesús, la hacían exclamar, en uno de sus éxtasis más amorosos: *Devorada por la sed de ver á Dios, cada vez que oigo sonar el reloj me estremezco de gozo al pensar que ya me acerco un poco más al momento afortunado de morir, y que tengo una hora menos que pasar en esta vida.*

ISIDRO BENITO LAPEÑA

Avila 10 Octubre 1895.

## LAS DOS MADRES

Aunque parezca una aberración de mis sentidos, pareceme tener dos naturalezas distintas y una madre para cada una de ellas.

Soy aragonés y castellano.

Nacido en aquella hermosa tierra de la lealtad y del heroísmo, guardo en el fondo de mi alma el indeleble recuerdo del país en que ví la luz primera.

Al hablar de Zaragoza, la inmortal ciudad de Lanuza, el heroico pueblo que hizo morder el polvo á las aguerridas falanges napoleónicas á los alegres ecos de la tradicional *jota aragonesa*, late más deprisa mi corazón y despiértase en mí el amor á la tierra, adormecido aparentemente por larga y forzada ausencia.

Allí aprendí á querer á la patria y á venerar á la Virgen del Pilar.

Hablando de Avila, la hidalga y hospitalaria ciudad de los caballeros tan valientemente defendida por Jimena Blázquez, el pueblo de donde partió el grito de libertad de las comunidades cas-

tellanas, experimento la agradable é íntima sensación que si evocara el recuerdo de mi madre; porque los inquebrantables lazos del amor paternal me ligan para siempre á esta tierra que *como mía* considero, pues en ella han abierto los ojos adorados pedazos de mi alma, queridos seres, reflejo de mi propio ser.

Aquí he aprendido á sentir, á pensar y á bendecir el glorioso nombre de Teresa de Jesús.

Tan identificado me hallo con esta doble naturaleza, que á veces dudo si soy aragonés ó castellano.

Los vínculos de la sangre, el dulce afecto de la familia, líganme por igual á Castilla que á Aragón.

Y viene á fortalecer este doble cariño, que á pesar de repartirlo guardo entero para cada una, la analogía extraña que entre ambas existe; en algo que está fuera de las realidades de la vida. Yo he dudado.

Queriendo penetrar en los profundos y misteriosos arcanos de lo infinito, mi atrevido pensamiento, rebelde á las enseñanzas de los hombres, desdeñando supelitar á la *ciencia escrita*, quiso volar cual nuevo Icaro, sin parar mientes en que como el mitológico hijo de Dédalo, tenía las alas de cera y fundidas quedaron al aproximarme á la luz de la verdad eterna.

Y al caer otra vez en el abismo de mi propia ignorancia, á mi alrededor contemplé aterrado el vacío más espantoso, densa obscuridad, profundas tinieblas.

Entonces un sagrado nombre brotó de mis impuros labios.

Aquel que aprendí á pronunciar en los albores de la infancia y que incesantemente me hacía repetir, prosternado de hinojos é inclinada la cabeza, la santa mujer que me llevó en su seno.

No hay aragonés, por descreído que sea, que en los momentos de amargura, de angustia, deje de evocar el purísimo recuerdo de la Virgen del Pilar; de la misma manera que el naufrago é infeliz navegante clama desesperado al ser absorbido por las amargas y encrespadas olas del enfurecido mar, siendo sus postreras frases, las primeras que aprendió á pronunciar en la cuna.

¡Madre mía!

Vivos destellos de refulgente luz iluminaron mi abatido espíritu y desde aquel dichoso día tuve fé.

Más tarde, bebiendo la divina sabiduría que los escritos de la mística esposa de Jesús encierran, admirando en sus obras á la inspirada Doctora, hallé inefable consuelo en mis tribulaciones y confiado esperé en mi redención.

Y ahora, cuando fugaces ráfagas de indómita soberbia cruzan por mi calenturiento y enloquecido cerebro, desaparecen rápidamente al recuerdo de mis amantes y celestiales madres.

Porque tengo dos:

*La Pilarica y la Santa.*

JORGE NAVARRO y ALMANSA

## Ó PADECER Ó MORIR

Las palabras que encabezan estas líneas forman la apoteosis más cumplida de la Santa, cuya festividad celebramos. En efecto; jamás aparece tan colosal la simpática figura de Santa Teresa como al deslizarse de sus labios trémulos por el fuego del amor de Dios que arde en su corazón esta frase: *Ó PADECER Ó MORIR. Padecer ó morir*; palabras sublimes que encierran profundos misterios de amor y de dolor que no llega á comprender mi corto entendimiento; pues cuanto más me remonto, más horizonte descubro; cuanto más me acostumbro á la obscuridad de sus abismos, tanto más insondable me parece su profundidad.

La triste experiencia nos enseña que el hombre mientras cruza vacilante los ásperos senderos de la vida, está destinado á girar incesantemente en una órbita de padecimientos. Algunos hay que con fortaleza se resignan á su destino sobre la tierra, aunque son en minoría insignificante si se comparan con aquellos otros que huyen del trabajo y reniegan de su triste suerte. Pero almas que con la mirada fija en el Cielo se entusiasman con los trabajos y solo quieran vivir para sufrir y padecer, son contadísimas, porque es rara la santidad heroica. Sin embargo, la santidad y el heroísmo llegaron hasta lo increíble en nuestra Santa, cuando enamorada pedía á Dios que en el instante que cesara de sufrir se acabara su existencia sobre la tierra. Ella con asombro del mundo levantó en alto aquella prodigiosa bandera cuyo lema es: *Ó PADECER Ó MORIR.* Y esa es la bandera que ondea todavía en las almenas carmelitanas, y millares de almas se han cobijado bajo sus pliegues; y ¡cosa extraña! bajo su sombra han recobrado amor á la vida los extraviados que en medio de su locura solo veían el remedio en un suicidio. Allí, muchos tristes de la tierra han hallado verdadera alegría que el mundo les negara y se han secado lágrimas cuya fuente parecía inagotable; allí, á imitación de su Santa Madre han conocido cuán dulce es el padecer por Jesús.

¡Bendita la Santa que nos enseñó la sublime ciencia del padecer! Bendita mil veces ella que con indecibles trabajos dejó fundados treinta y dos conventos, como otros tantos talleres de virtud donde el mortal busca la verdadera grandeza en la perfección de las facultades de su alma y en luchar contra los deseos immoderados del corazón; asilos de inocencia donde el alma solo suspira por los purísimos goces del cielo y tablas salvadoras á las que se acogen los naufragos del crimen para llorar sus faltas. No es extraño que este siglo tan sensual y positivista sienta admiración por la Santa, que olvidada de sí misma se sacrifica por el bien de la humanidad á la que quisiera elevarla hasta la Divinidad, por la imitación de las virtudes del Hombre-Dios. La España se siente orgullosa de poseer una mujer que es grande en el siglo de los grandes; en el siglo de San Ignacio, de San Francisco Javier, de San Pedro de Alcántara, de Cervantes y Fr. Luis de Granada, de Lope de Vega y Fr. Luis de León; y que merece el renombre de emprendedora en el siglo que conoció á Magallanes y Elcano que dan vuelta á nuestro planeta, á Hernán Cortés que echa á pique sus naves en Méjico, á Juan de Austria, Pizarro, Balboa, Almagro y otros personajes legendarios de la historia contemporánea de Santa Teresa. Justo es nuestro tributo de admiración hacia la ilustre avileña, pero no podremos menos de confesar que en medio de este orgullo y admiración experimentamos cierta melancolía, al considerarnos tan pequeños; pues nos entusiasmos con victorias más ó menos dudosas contra unos cuantos moritos ó algunos centenares de mulatos de que se reirían nuestros héroes de San Quintín, Pavia y Lepanto.

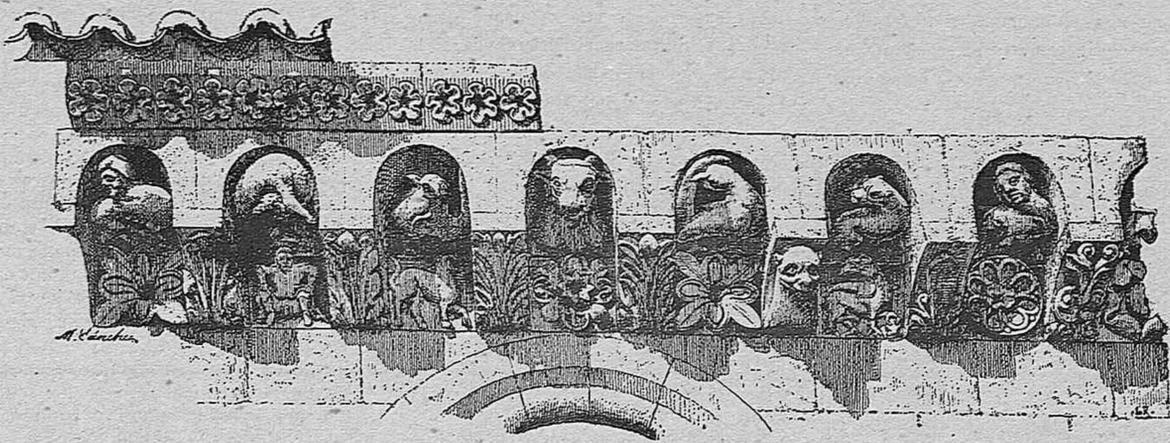
La gran Santa compatrona de las Españas, que lleva en su mano la hermosa bandera de *padecer ó morir*, nos alcance del Señor fortaleza en nuestras tribulaciones y nos ilumine para que comprendamos que la constancia en el trabajo y el sufrimiento, es el medio de hacernos felices en este mundo y en la eternidad.

FR. BONIFACIO DE LA SAGRADA FAMILIA,  
Carmelita Descalzo.

## SONETO

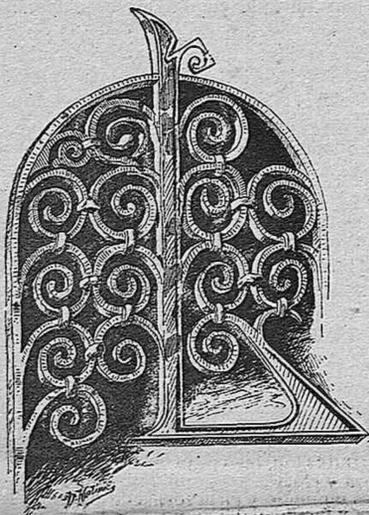
Si pudiera volar el alma mía  
Como vuela el condor que al cielo sube,  
Escalando una nube y otra nube  
Hasta el trono de Dios se elevaría.  
Y allí, fuera del mundo y su alegría  
Que por falaz, engañadora tuve,  
Asociando á mi voz la del querube  
Que atravesó su corazón un día,  
De Teresa cantando la victoria,  
El triunfo de su fé y su poderío  
Sobre Luzbel, para aumentar su gloria  
Tejiera una corona el amor mío  
Digna de la mujer cuyos anhelos  
Siempre repercutieron en los cielos.

ESTEBAN PARADINAS



Cornisa de la fachada Sur de la Basílica de San Vicente.

## SANTA TERESA Y LA BASÍLICA DE SAN VICENTE



A excelsa Patrona de Avila, la insigne Santa que hoy conmemora la Iglesia y venera el orbe católico, la eximia escritora admiración del mundo literario, ha

añadido una inolvidable página a la brillante historia de la Basílica de San Vicente en esta ciudad; de tal manera que, si las tradiciones de dicho templo, si su belleza arquitectónica y si la antigüedad de sus fábricas, no fueran títulos bastantes que ostentar pudiera, para nuestra veneración, bastarían la de haber recibido en varias ocasiones la visita de Santa Teresa, de que bajo sus bóvedas sintiera la mística doctora las inspiraciones divinas, para la reforma de la orden carmelitana, y que en la cripta llamada la *Soterraña* idease y practicara por vez primera la descalcez, acto simbólico de alta significación en la nueva fase de la orden.

Efectivamente, consta que, al pasar un día del año 1562 nuestra Santa Madre desde el Convento de la Encarnación al de San José acompañada de cuatro religiosas para establecer allí la reforma, entró en la Basílica á implorar la protección de la Virgen de la

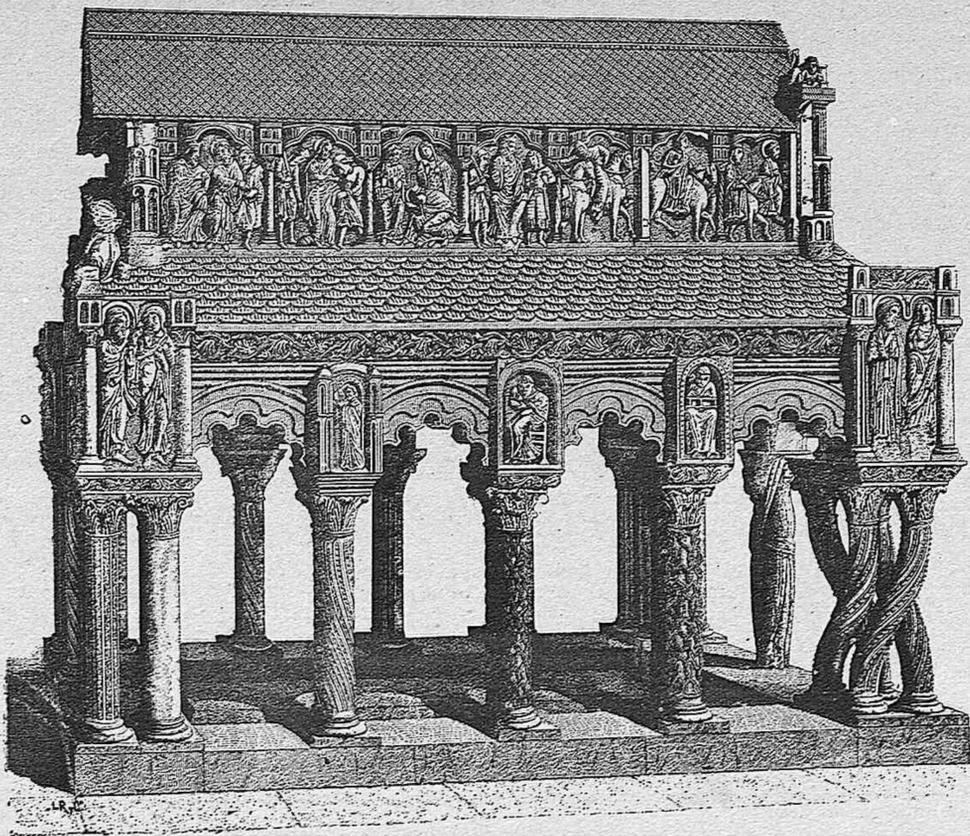
Soterraña, ante cuya imagen, é imitando á Moisés que así lo hizo también al entrar en comunicación con Dios, se descalzó, saliendo de allí descalza para penetrar en la nueva casa como fundadora, despojada de cuanto interior y exteriormente pudiera impedir la comunicación con el Señor, y dejando afuera la tierra para más acercarse al Cielo.

La imagen de la Soterraña ha visto, pues, postrada á sus pies á Teresa de Jesús, ha recibido sus fervorosas plegarias y ha sido testigo de sus arrobamientos. En las penumbras de aquella cripta, la Santa recibió del Cielo divinas inspiraciones; y, si al bajar los peldaños que al subterráneo conducen, lo hacía á veces combatida por dudas y vacilaciones respecto al gran proyecto que meditaba, es seguro que los subiría fortalecida y animosa llevando en su alma consuelos y energías sobrenaturales para no desmayar en su empresa. La estatua bizantina de los primeros siglos del Cristianismo contribuyó á devolver á la Religión la pureza de las prácticas algún tanto relajadas en aquella época; y el templo románico del siglo XII, elegante en su arquitectura, severo en su ornamentación y eminentemente simbólico en conjunto y en detalles, contrastando con el carácter de la sociedad en que la Santa vivía, influyó sin duda alguna en sus ideas, infundiéndola propósitos tan atrevidos entonces como el de la reforma de su orden. Y al emprender con paso firme un camino erizado de obstáculos de todo género, caminó decidida salvándolos todos con la ayuda divina, sin vacilar un punto hasta conseguir su objeto.

¡Cuántas veces la Santa, al cruzar el templo para descender á la Soterraña, se habrá detenido á contemplar la tumba de los Santos Mártires, y considerando cuanto sufrieron, el terrible martirio á que fueron sometidos, tan bien expresado en el monumento, y la gloria eterna que por él obtuvieron, se habrá fortalecido su espíritu para afrontar serenamente toda clase de sufrimientos!

En aquellas columnas que sostienen la urna, con fustes estriados en espiral ó con ornatos reticulares, vería la representación del pecado que sube torcido y envuelve al alma en una red que la aprisiona; las efigies de los apóstoles en los ángulos, por parejas, según marcharon á cumplir su misión divina, flanqueadas por columnas, la representarían los fundamentos de la ciudad de Dios, que es la Iglesia, y traerían á sus labios el símbolo de la Fé; los Profetas y Doctores que se ven en los costados, la recordarían las grandes verdades de la Religión; y en la inclinación de los tejadillos de la urna, consideraría la subida y bajada de la vida humana y su aspiración al Cielo.

En el frente del sepulcro, caería la Santa de hinojos al mirar la figura del Salvador, representada, según tradicional costumbre de místico simbolismo, dentro de una aureola, coronada del nimbo cruzado, bendi-



Sepulcro de los Santos Mártires.

ciendo con la mano derecha en señal de su omnipotencia soberana y descansando la izquierda sobre un libro

liber scriptus proferetur  
in quo totum continetur  
unde mundus judicetur.

A ambos lados de la figura del Salvador, los atributos de los evangelistas, traerían a su memoria la doctrina de Cristo; y si pasaba a contemplar el frente opuesto, vería la adoración de los Reyes Magos, escena que también solía reproducirse en monumentos análogos como protesta de fe, en la Divinidad de Jesucristo y en la Maternidad divina de María. ¡A tanto alcanza la influencia de la Arquitectura auxiliada por la Escultura, y más si ambas son tan simbólicas como las de la Basílica abulense!

El sepulcro de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, representado en el grabado adjunto, es de ello buena prueba; semejante a todos los de la época en que se hizo, es un documento pétreo que expresa claramente el origen del edificio y abarca los fundamentos de la Religión, constituyendo preciada joya del arte románico que semeja, por la delicadeza de sus detalles a un prolijo trabajo de orfebrería con señales de haber estado pintado y dorado, lo cual contribuiría aún más a darle aquel aspecto. Así pues, y desde el punto de vista artístico, esta obra manifiesta un notable adelanto y anuncia la nueva fase del arte que comenzó a desarrollarse en el siglo XIII.

Más, ¿existen en él efectivamente los cuerpos de los Mártires?... Cuestión es esta que ha dado motivo a numerosas discusiones.

Que en el primitivo templo, ermita ó capilla fueron enterrados, no cabe duda; pero, es de presumir que esta primera construcción fuese arrasada en 1007 por el caudillo árabe Modhfar. Por esto tal vez, hacia el año 1065, reinando D. Fernando I, D. García, abad de San Pedro de Arlanza, movido por divina revelación en que se le ordenara

«Que los desenterrase del vil cementerio,

«Ese que los aduxese para el su monasterio,

hizo el traslado con autorización del Rey, y acompañado de lucida comitiva de monjes, cabaleros

«E grandes infanzones

«De diversas maneras eran las procesiones.»

«Aduxerán el cuerpo del señor San Vicente

«É de las sus hermanas, honrado bien de gente,

«Todos cantando Laudes al Dios omnipotente,

«Que sobre peccadores há siempre buenamente.»

Así se expresa Berceo en su conocida cántiga.

Más, desde Arlanza, donde quedó el cuerpo de Santa Cristeta, pasó el de San Vicente a León, y a Palencia el de Santa Sabina. Hay también reliquias en la Catedral de Burgos, que antes estuvieron en la ex-colegiata de Covarrubias, y no falta quien asegure que el cuerpo de San Vicente se halla en la Iglesia de San Isidoro de León.

En vista de tan diferentes datos, consignados en lápidas y documentos, suscitáronse discusiones, y varios escritores ocupan páginas y más páginas de sus respectivos libros, acerca de nuestra célebre Basílica, para demostrar la existencia en ella de los Santos cuerpos; cosa, en mi opinión probada; pues, a más de los poderosos argumentos que dichos escritores aducen y de la prueba milagrosa verificada por el Obispo Vilches en 1465, con los alegatos de unas y otras partes interesadas en la contienda, demuestranlo la creencia tradicional de todo el pueblo de Avila, lo consignado de manera terminante en los reales privilegios, y la autoridad de los sumos Pontífices, Obispos é historiadores. Y, muy singularmente, la construcción de esos mismos magníficos templo y sepulcro, en época muy posterior a la traslación de los sagrados cuerpos a Arlanza, es buena prueba, a mi entender, de que estos, a la repoblación de la ciudad, volvieron a ocupar su lugar en el sitio en que padecieron el martirio, haciéndose tal vez de oulto la nueva traslación, para evitar la oposición de los pueblos que los poseían y dejando en cada uno alguna parte ó reliquia de los mismos.

Por todo lo manifestado, no creo fuera de propósito que al conmemorar hoy a la Santa Virgen del Carmelo, Teresa de Jesús, Patrona de Avila y Compadrona de las Españas, se enlace su recuerdo con el de estos otros Santos Mártires de la Fé y, a no dudar, auxiliares de Teresa en su gran obra.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS

## Santa Teresa de Jesús, Escritora

No puede menos de chocar soberanamente al que por primera vez registra la *Colección de Autores españoles* encontrar entre los clásicos de nuestra lengua a una mujer y ver dos gruesos volúmenes dedicados a las producciones literarias de una monja descalza del siglo XVI. Preciso es que encierren los escritos de Santa Teresa, un mérito extraordinario y excepcional para que en nuestro siglo de oro, siglo de grandezas lo mismo en el orden científico, artístico y literario que en el militar y político, se les haya dado un lugar preferente al lado de los más afamados maestros del habla castellana y hayan sido reputados dignos de ser colocados junto con los de aquellos grandes escritores que, sin disputa, más contribuyeron a la completa formación y cabal desarrollo de nuestro armonioso, rico y majestuoso idioma. ¡Las obras de la ilustre Santa avilesa formando parte de la *Colección de Autores clásicos españoles*! ¡Cuánto no dice este solo elocuente dato en favor de la pureza del lenguaje y de lo castizo y elegante de la dicción de las producciones literarias de nuestra Mística Doctora! ¡Cuántos escritores de no escaso mérito, pasado han desapercibidos a la posteridad, por haber sido eclipsados en gran parte por los astros de primera magnitud que esparcieron por doquier sus brillantes destellos en la época más gloriosa que registra nuestra historia patria! Cálculé, pues, cuales serán las dotes raras y sobresalientes de las obras de nuestra simpática escritora castellana, cuando no han bastado a desvirtuar un solo rayo ni a amenguar un solo reflejo de su luz pura, de su dicción correcta y de su original é inimitable naturalidad los radiantes fulgores despedidos por los mejores hablistas que tuviera nuestra nación en el siglo de los grandes ingenios y de los consumados maestros de la lengua española. ¡Santa Teresa de Jesús ocupando un lugar distinguido, un puesto de honor legítimamente conquistado junto a los insignes y acabados modelos del bien decir de nuestra patria, llamados Fr. Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Fr. Luis de León, Cervantes y Lope de Vega; y el *Castillo interior*, y el *Camino de perfección* de nuestra Santa formando juego, como piezas literarias, con *La Guía de pecadores*, con la *Subida al Monte Carmelo* y la *Noche obscura*, con los *Nombres de Cristo* y con el *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, todos los cuales han dado la vuelta al mundo!

Verdaderamente no acaba uno de maravillarse al notar que la talla gigantesca de esta Santa escritora en nada aparece rebajada en frente de nuestros insignes autores clásicos, y que su figura esbelta se destaca con todos sus perfiles y graciosos contornos entre las figuras colosales que la rodean, pero sin sombrearla.

Mujer fué, es verdad, nuestra Santa; pero valió por muchos hombres, en aquella época de nuestra grandeza material y moral, en que los hombres lo eran de veras. Alma angelical, amor a Dios entrañable y ardoroso, celo incansante y devorador por la gloria de su Jesús, el bien de las almas, el lustre de la Iglesia católica, voluntad de hierro, perseverancia inquebrantable, abnegación sublime en toda clase de sufrimientos; tales son las cualidades admirables que resaltan en sus obras inmortales. Quien aquellas páginas llenas de máximas divinas escribía, harto se ve que no movía su mano por solo natural impulso sino por cierta como inspiración celestial; nada allí de imitación ó convencionalismo ni en el fondo ni en las formas, nada de resabios de escuela, nada de efectos calculados. Como brota pura y limpia el agua de un cristalino manantial, así fluyen de sus libros natural y espontánea la doctrina más sublime de nuestros dogmas y las más elevadas enseñanzas místicas; y a par de ellas el donoso chiste ó la aplicación graciosa de uno de nuestros refranes caseros. Siempre propia, siempre oportuna, siempre espontánea, natural, ingenua, con toda la lozania y sencillez de un niño que habla entre sonrisas y juegos, y toda la discreción y tino del académico que habla en la cátedra ó diserta en el ateneo. Singular conjunto de cualidades que no sabemos ofrezca ningún otro escritor español ni extranjero, y que hacen de nuestra Santa y literata un tipo único en su clase y un modelo inimitable.

Llenas están las páginas de Santa Teresa, y en particular sus cartas, en las cuales más libremente y con menos reparos podía desahogar su candoroso corazón, de conceptos donosos, de ocurrencias graciosísimas y casi epigramáticas, que a las claras están diciendo fueron escritos por la graciosa Carmelita Descalza con la sonrisa en los labios, como si por ellos derramárasele toda la alegría y espiritual regocijo de que andaba siempre inundada su alma inocente y se traslucía constantemente en su carácter jovial.

El juicio que acabamos de emitir de los escritos de la Virgen avilesa hallámoslo felizmente confirmado en las obras del V. Palafox, uno de los mejores comentaristas de nuestra santa escritora. Al comentar sus *Cartas* dice el señor Obispo de Osma y de la Puebla de los Angeles lo siguiente: «¡Qué celo no descubre en ellas del bien de las almas! ¡Qué prudencia y sabiduría en lo místico, moral y político! ¡Qué eficacia al

persuadir! ¡Qué claridad al explicarse! ¡Qué gracia y fuerza secreta al cautivar con la pluma a los que enseña con la erudición!»

«Muchos santos ha habido en la Iglesia, que como sus maestros universales, la han enseñado. Muchos que con sapientísimos tratados la han alumbrado. Muchos que con eficacísimos escritos la han defendido; pero que en ellos y con ellos hayan tan dulcemente persuadido, arrebatado y cautivado, ni con mayor suavidad y actividad vencido las almas y convencido no se hallará fácilmente.»

«Innumerables virtudes, propiedades y gracias pueden ponderarse en la Santa y en sus sabísimos escritos;... pero yo lo que más admiro en ellos es la gracia, la dulzura y consuelo con que nos va llevando a lo mejor; que es tal, que primero nos hallamos cautivos que vencidos y aprisionados que presos...»

«El natural de Santa Teresa, su capacidad, su entendimiento y discurso, la gracia de su condición, la suavidad de su trato sin duda alguna fueron grandísimos; y todo esto elevado y levantado con la gracia sobrenatural, ilustrada su alma con las luces de Dios, inflamada con su caridad y alumbrada con su sabiduría, formó al persuadir una gracia eficacísima y una eficacia suavísima y fortísima, que lleva y arrebató las almas a Dios, las lleva con la dulzura de la enseñanza, las arrebató con la fuerza del espíritu.»

«Solo que, y al ganar las almas para Dios, y al enamorarlas de la virtud, se olvidó la Santa de sí? De ninguna manera. Porque, sin hacerle al intento, al paso que las enamora de Dios, sin sentirlo ellas, la va cautivando y enamorando de sí. Ninguno lee los escritos de la Santa, que no busque luego a Dios; y ninguno busca por sus escritos a Dios, que no quede devoto y enamorado de la Santa.»

Mucho tiempo antes que el V. Palafox hablara de una manera tan entusiasta a la par que exacta de los escritos de la Mística Doctora, otro teólogo eminente y literato de primera fila, cuyo testimonio es por lo mismo irrecusable, habiase expresado casi en los mismos términos que el santo varón é ilustre mitrado, y aun excedió en los elogios tributados a las obras de la insigne escritora castellana. Veamos el juicio que acerca de los escritos de la Santa nos dejó consignado el inmortal autor de los *Nombres de Cristo* en su carta a la M. Ana de Jesús. Dice así al Maestro Fr. Luis de León al hablar de las obras escritas por la Santa Madre, como él la llamaba llevado de su gran devoción hacia tan simpática heroína y tan graciosa é inspirada Santa escritora: «En los cuales (escritos) sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata excede a muchos ingenios; y en la forma de decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buera compostura de las palabras, y en una elegancia desafiada, que deleita en extremo.

«Dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo me admiro de nuevo; y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo, y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regia la pluma y la mano; que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos, que hallan los que leen estos libros, dos son, a mi parecer, los que con más eficacia hacen. Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud. Y otro encenderlos en el amor della y de Dios...»

«Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan... Porque verán la misma luz y grandeza de entendimiento en las cosas delicadas y dificultosas de espíritu, la misma facilidad y dulzura en decir las: la misma destreza, la misma discreción, sentirán el mismo fuego de Dios y concebirán los mismos deseos: verán la misma manera de santidad, no placera ni milagrosa, sino tan infundida por todo el trato en sustancia, que algunas veces sin mentar a Dios, dejan enamoradas de él a las almas...»

Luego lamentándose el sabio teólogo é indignado por la impericia de los escribientes ó por la incalificable osadía de los que atreviéronse a poner mano en el estilo y palabras textuales de la Madre en los *traslados que de sus obras andaban*, se desahoga de esta manera: «Que, haber mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía a escribirlos, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien el castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia. Que, aunque en algunas partes de lo que escribe antes que acabe la razón que comienza la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzando muchas veces con cosas que ingiere, más ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura y es el lunar del refrán.»

Ni una palabra más de nuestra parte para no desvirtuar con nuestra tosca y desautorizada pluma testimonios tan elocuentes y de tanto peso en favor de los escritos de la Seráfica

Doctora, ni quitar un átomo á la autoridad de escritores de tan grande competencia por todos unánimemente reconocida. Si alguno de nuestros lectores se permitiese dudar de la verdad y exactitud de lo consignado, acerca de los efectos producidos por la lectura de las obras de Santa Teresa, por el V. Sr. Palafox y el Maestro León, ó se le ocurriese atribuir á exageración los elogios tributados por estas dos eminencias á los escritos de la Santa, nos atreveremos á darle un pequeño consejo, para que él por sí mismo se desengañe y palpe por propia experiencia cuanta verdad se encierra en todo lo dicho; redúcese este consejo á que tome en sus manos los inapreciables volúmenes de la inspirada escritora y los lea con frecuencia. Si no sintiere en su alma los efectos descritos por los citados autores, quedará en plena libertad para seguir creyendo que estos dos tan ilustrados escritores, estos dos ingenios preclaros dejáronse llevar demasiado de su amor ferviente y devota admiración á la simpática Virgen avileña, tributándola inmerecidos y abultados encomios.

Abrigamos empero la seguridad más completa de que, si alguno de los lectores pone en práctica el aludido desinteresado consejo, vendrá él mismo á ser una prueba más de la exactitud y verdad que encierran los testimonios poco há citados, y de que dulcemente y sin sentir quedará prendido y enamorado santamente de la gracia, donaire y natural sencillez de nuestra simpática escritora, y de que resolverá á seguir el camino de la virtud tan magistral como llanamente por ella trazado, y de que acabará por declararse devotísimo admirador y panegirizador entusiasta de la Santa Madre.

Séanos permitido, en corroboración de esta nuestra especie de vaticinio, transcribir un testimonio fehaciente del mismo V. Sr. Palafox. La utilidad de los escritos de Santa Teresa, dice este ilustre escritor mitrado, «no basta á ponderarlos la pluma. Diganlo las almas á quien sacaron de los lazos de la vanidad del mundo. Diganlo los que por la luz comunicativa que traen consigo, como con vivas centellas leyéndolos se han abrasado sus devotos corazones. Diganlo tanto número de hijos y de hijas y siervos de Dios, que á ellos les deben primero su conversión y después su vocación.»

«El año 1639, solo con leer las obras de la Santa, uno de los más doctos herejes de Alemania, á quien ni la fuerza de tan potente verdad, ni las plumas de los más sabios católicos le pudieron reducir: solo el leer las obras de ésta divina Maestra, que él tomó en las manos para querer impugnarlas; por el contrario fué de ellas tan alumbrado, y vencido, y convencido, y triunfado, que, habiendo quemado públicamente sus libros y abjurado sus errores, se hizo hijo de la Iglesia.»

Digalo, añadiremos nosotros, uno de los actuales Prelados de la Iglesia española, que se dignó, hace pocos años, dejarnos oír su autorizada y elocuentísima palabra, durante la novena que anualmente dedica esta su ciudad natal á su gloriosa Hija, el cual, llorando como un niño lágrimas de agradecimiento y amor á nuestra Virgen avileña, declaró delante de un extraordinario concurso de fieles, del que tuvimos la honra de formar parte, que debía su vocación al estado sacerdotal, después de Dios, á la lectura curiosa, no por motivos de piedad, de las obras de la Santa. Las tomó en sus manos como cosa de literatura, á la que sentía afición particular, sin acordarse, según pública confesión que de sí mismo hizo, para nada del aprovechamiento de su espíritu; y, sin darse cuenta, fué dulce y suavemente arrastrado á dar de mano á las vanidades de este mundo fugaz, y consagrarse por completo al servicio divino en el estado sacerdotal, quedando por añadidura desde aquel feliz momento, devotísimo de nuestra Seráfica Madre, y no acertando á soltar de sus manos los escritos divinos que tanto bien produjeran á su alma, por algún tiempo un tanto distraída.

¡Tanta es la fuerza con que la Esposa de Jesús cautiva las inteligencias y conquista para su amante los corazones no solamente de los tibios é indiferentes, sino hasta de los abiertamente á ella hostiles, si se resuelven á hojear sus obras y á frecuentar la lectura de sus inspirados escritos, aprendiendo como discípulos las saludables enseñanzas de vida eterna en que abundan las producciones celestiales de nuestra ilustre avileña, de la Reformadora del Carmelo, de la Virgen Seráfica, de la Mística Doctora, de la Maestra de la vida espiritual y del bien decir, de la simpática, graciosa y endiosada Santa Madre Teresa de Jesús! ¡Bendita sea!!!

FR. JUAN VILÁ  
O. P.

Colegio de Santo Tomás 5 de Octubre de 1895.

## CONFLICTO CONJURADO

### I

No inquietó á los agarenos  
la rendición de Granada  
con ser el postrer suspiro

de su dominio en España.  
Que no hay odios tan feroces  
como los odios de raza,  
si amortiguados á veces  
nunca extintos en el alma.  
Por todas partes el eco  
suena de las algaradas  
que promueven los moriscos  
huyendo de represalias.  
Y sus vuelos insurgentes  
encuentran propicias alas  
en el hondo descontento  
de las legiones judaicas.  
Coincidiendo, pues, las huestes  
israelita y musulmana  
en la inquina á los cristianos  
y en el desamor á España,  
procuran, ya que les sea  
imposible el dominarla,  
perturbarla por lo menos  
con frecuentes asonadas.  
Hoy les sirve de pretexto  
la forzosa inobservancia  
de sus ritos, y furiosos  
á la rebelión se lanzan.  
Otro día sus costumbres  
consideran cercenadas  
y al motín corren furiosos  
presumiendo rescatarlas.  
Aqui, porque competencia  
como mercachifles hallan,  
las centellas de su encono  
sobre el español concorgan.  
Allí, porque de su idioma  
no hace aprecio nuestra patria,  
hundir quieren á quien use  
de la lengua castellana.  
Ello es que las falanges  
agarenas y judaicas,  
ingratas á las mercedes  
de leyes y de ordenanzas,  
en jaque constantemente  
tienen á la hermosa España  
y no aminoran los odios,  
sinó que los agigantan.

### II

Érase del mes de Junio  
una mañana de esas  
en que alarde de sus gaitas  
hace la naturaleza.  
Apolo desparramaba  
por Ávila sus guedejas  
fulgores dando á sus torres  
y dorando sus almenas.  
Parejas de enamorados  
cambiando están por las rejas  
himnos de amor con los ojos,  
juramentos con las lenguas.  
Los pájaros también cantan  
sus amorosas endechas  
en ese dulce lenguaje  
que los hombres no penetran.  
Secretos acaso tapan  
frondosas enredaderas  
que á muchas ventanas  
de perfumadas cubiertas.  
De rosas y de claveles  
rebotan las azotéas,  
la atmósfera saturando  
de finisimas esencias.  
Con rapidez las campanas  
sobre sus ejes voltéan,  
á los fieles encargando  
que acudan á las iglesias.  
Por todas partes se oye  
el rechinar de las puertas,  
y van saliendo devotos  
en actitudes honestas.  
Contraste hacen con los trajes  
de las gentes avileñas,  
los alquiceles morunos  
y las túnicas hebreas.  
Mas, ni moros ni judíos  
entran en nuestras iglesias,  
aunque de serlas adictos  
hicieron al Rey promesa.  
Lo que judíos y moros  
bien claramente demuestran  
es el rencor con que miran  
á los cristianos que encuentran.  
Ya los templos tienen todos  
numerosa concurrencia,  
y en ellos el Sacrificio  
de la Santa Misa empieza.

En general nada ocurre  
que especial mención requiera;  
pero sí están ocurriendo  
en la Catedral grandezas.  
Cuando sus amplias crujías  
están de fieles repletas  
y ni una persona más  
parece caber en ellas,  
la muchedumbre se agita  
y se comprime y se estrecha  
y casi se martiriza  
para fraguar una senda.  
Y con tan grandes esfuerzos  
y una voluntad tan buena,  
consiguen al fin las gentes  
dejar una ruta abierta,  
por donde pasa una niña  
de rarísima belleza  
y de continente plácido  
y de apostura modesta.  
Para ella son las miradas  
de los que ocupan la iglesia,  
para ella las bendiciones,  
los elogios para ella.  
¿Por qué la ciudad ilustre,  
cuna de tantas grandezas,  
dispensa honores tan altos  
á una cosa tan pequeña?  
¿Por qué varios oficiantes  
el presbiterio despejan  
para que ocupe la niña  
un lugar de preferencia?  
¡Ah, que en aquel cuerpecillo,  
un espíritu se alberga  
destinado por el Cielo  
á llenar toda la Tierra!

### III

Ya la misa ha terminado  
y pronto en soledad queda  
el anchuroso recinto  
de la Catedral iglesia.  
Los fieles que van saliendo  
aguardan en la plazuela,  
y cuando la niña pasa  
la admiran y reverencian.  
Marcha después cada uno  
á entregarse á sus faenas,  
excepción hecha tan solo  
de aquella insigne chicuela,  
que va á demostrar bien pronto,  
por elocuente manera,  
del cuerpo las energías  
y del alma las grandezas.  
Toda la ciudad recorre  
haciendo de Providencia  
y conquistando derechos  
á la gratitud eterna.  
No hay dolor que no mitigue,  
contrariedad que no venza  
ni lágrimas que no enjague  
ni vicio que no detenga.  
Pero, lo más asombroso,  
lo que sin disputa llega  
á la virtud más heroica  
de que hay ejemplo en la tierra,  
es que, mientras todos, todos  
los españoles execran  
á los moros y judíos  
por sus infames bajezas,  
aquel ángel, que no niña,  
visitando va sus tiendas,  
zaquizamies y aduarez,  
y con la mayor llaneza  
á los pobres da limosna,  
á los enfermos consuela  
y á sanos y enfermos pide  
que abjuren de sus creencias.  
Al final de esta sublime  
y cotidiana tarea,  
algún infiel ha ganado  
para la romana iglesia.  
Pero de todos recibe  
muchas é indudables pruebas  
de que en la ciudad adoran  
exclusivamente á ella.

Quien obra tales prodigios,  
no puede ser, en conciencia,  
sinó la que, andando el tiempo,  
se llamó Santa Teresa.

### IV

Es un sábado. Tranquila  
la ciudad de los Cepeda,

presentir allí no es fácil el peligro que se acerca. De repente, y con pretexto de que en calles y plazuelas los de Avila están el día profanando con sus ventas, entre judíos y moros con rapidez casi eléctrica de protesta corren voces y murmullos de pelea. Apenas apercibidos los abulenses se muestran cuando el empuje reciben de aquellas airadas fieras. Lo imprevisto del ataque pone en actitud perpleja á los bravos abulenses, que no oponen resistencia. Con esto se envalentona aquella infame ralea, que ve crecer su falange en proporción gigantesca. Nadie en la ciudad se entiende; y aunque los nobles se esfuerzan con la autoridad de acuerdo por conjurar la tormenta, nada consiguen en suma ni autoridad ni nobleza. Apurados ya los medios del talento y de la fuerza de que la ciudad dispone en nombre de la realeza, próceres y autoridades unánimemente piensan que en pró de la paz y el orden solo un recurso les queda. Y sin más explicaciones, pues que innecesarias fueran para que ninguno dude dónde el recurso se encuentra, cual movidos por resorte todos los que deliberan la discusión abandonan y sus pasos enderezan hácia la hermosa portada de una casa solariega. Deciden los más ilustres penetrar en la vivienda, y tras de pocos minutos reaparecen en la puerta trayendo en medio una jóven de hermosísima presencia. Con ella por todas partes los prohombres se pasean cuando ensordecen las voces, los gritos y las blasfemias. Y como el sol que de súbito la tempestad encadena, así el cataclismo ataja la encantadora doncella. A su vista los rebeldes los impuros lábios sellan y trastruecan los denuestos en elogios y zalemas. La paz recobra de pronto la ciudad caballeresca, y á los presuntos horrores de la jornada sangrienta sustituyen el mutismo del asombro, las ternezas que la gratitud arranca, las alabanzas que vuelan desde los labios infieles hasta la casta doncella, y las acciones de gracias que todos juntos elevan al Señor Omnipotente de los Cielos y la Tierra.

Aquella egregia muchacha, autora de tal proeza, era la famosa hija de Alonso Sánchez Cepeda; la que hoy con tanta justicia llamamos *Santa Teresa*.

MARCELIANO RIVERA  
Piedrahita 3 de Octubre de 1895.

## BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

Difícil é ingrata tarea es siempre la del bibliógrafo; pero la dificultad, en vez de disminuir,

parece que aumenta cuando más se concreta el asunto y cuanto menor es el círculo en que aquel ha de moverse.

Esto, que parece un absurdo, es, sin embargo, una gran verdad.

¿Cuánto más fácil no es, por ejemplo, hacer una bibliografía general de España que la de una localidad determinada?

Y es que cuanto más se reduce una esfera de acción, hay derecho á exigir más de ella y saltan antes á la vista las menores imperfecciones y las omisiones y los defectos más ligeros.

De aquí que no sea sino con grandísima desconfianza y con justificado temor á incurrir en olvidos y aun en errores de bulto, que me decida á ensayar un bosquejo de bibliografía teresiana; es decir: á hacer un intento de catálogo de las obras escritas por la eximia doctora mística, cuya festividad celebramos en este mes, de las diferentes ediciones que de ellas se han hecho, y finalmente de los libros que se ocupan de Santa Teresa de Jesús.

Que el asunto es interesante, nadie lo dudará; lo que yo sospecho es que no podré darle cima con el éxito que deseara.

Sirva al menos mi trabajo de estímulo, y vengan luego otros más competentes que yo á perfeccionarlo y completarlo.

Los libros atribuidos á *la Santa*, como por antonomasia llamamos por aquí á la escritora insigne, honra y prez de nuestro pueblo, son diez, sin contar las *cartas, poesías y escritos sueltos* en prosa, ni el de *Caballerías* que se dice escribió en sus primeros años, pero que ignórase si llegó á terminarle, debiendo ser considerado, á lo sumo, como un ensayo literario destruido ó olvidado.

Los conocidos son estos:

*El Libro de la Vida.*

*Las Constituciones primitivas.*

*Camino de perfección.*

*Concepto del amor Divino.*

*Exclamaciones.*

*Relaciones de su vida á sus directores.*

*Fundaciones.*

*Moradas ó Castillo interior.*

*Avisos y modo de visitar los Conventos.*

El primero que Santa Teresa escribió fué el de *su vida*, que ella llamaba *Libro de las Misericordias* y alguna vez también de *las grandezas del Señor*, del cual se conserva el original de su puño y letra en el Monasterio del Escorial.

De casi todas sus obras hay copias manuscritas, bastante corretas, en la Biblioteca Nacional.

Por los años de 1750 se sacaron también de Real orden copias autorizadas, cuyos originales se hallan en el Escorial, Valladolid y Sevilla.

Del mismo modo los Carmelitas descalzos sacaron otras que estaban en los Archivos de las religiosas en Valladolid, Toledo, Alba de Tormes y Avila.

La primera edición impresa de las obras de Santa Teresa, la hizo en Evora D. Antonio Braganza en el mismo año en que murió aquella, y consistía en un tomito en 8.º de 143 páginas dobles con los *Avisos* y el *Camino de perfección*.

«Los libros de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de los monasterios de monjas y frailes Carmelitas descalzos de la primera regla.» Obra impresa en Salamanca por Guillermo Foguel, 1588; contiene los libros de la *Vida* y las adiciones, el *Camino de perfección*, las *Moradas* y *Exclamaciones*.

Otra edición de esta obra hicieron en Nápoles los Carmelitas descalzos en 1594; tres tomos en 4.º, letra abultada.

La hecha en Madrid en la imprenta real, 1597, un tomo y la anterior, fueron simples reimpressiones de la de Salamanca.

Otra de Bruselas, 1610, por Rogerio Valpio, añadía á las anteriores el libro de las *Fundaciones*.

En 1612 hizose una nueva edición en Bruselas, que cita D. Nicolás Antonio en su Biblioteca, y en la que parece se publicaron por primera vez los *Conceptos del amor de Dios*, con notas de Gracián, que más adelante hizo quitar la Inquisición.

Patricio Mey repitió este impreso en Madrid, 1613, y en 1615 Luis Sánchez.

En Valencia, donde ya se habian hecho ediciones de parte de las obras de Santa Teresa en 1613 y 1615, Miguel Sorolla, en 1623, reimprimió dicho escrito.

Luis Sánchez reimprimió en Madrid, 1622, la edición de Salamanca, haciendo lo mismo en Zaragoza Pedro Caborte á expensas de Juan de Bonilla y Pedro Bono en 1623, y una vez más en Madrid en 1627, la viuda de Luis Sánchez.

Otra edición se hizo en Amberes en 1630, tres tomos en 4.º marquilla.

Otras dos en Madrid: 1635, por Francisco Martínez, y 1636 por Diego Díaz.

La edición de Madrid, 1661, por José Fernández de Buendía, apareció corregida por la Orden de Carmelitas descalzos.

Hizose luego otra también en Madrid en la imprenta real, 1670.

Dos ediciones más en Bruselas por Francisco Foppens; una en 1674, 4 vols. en 4.º marquilla, dedicada á Carlos II, y otra en 1675, 2 vols. en folio, dedicada á Doña Mariana de Austria.

Otra en Madrid, 1678, imprenta de Bernardo de Villadiego, 4 vols. en 4.º, dedicada á D. Juan de Austria. Reimprimióse en Barcelona, 1724, en la imprenta de la orden. Esta hizo nueva edición en 1752 por Joseph Orga, 4 vols. en 4.º marquilla, dedicada á Fernando VI.

Orga en 1722 habia publicado otra en 5 volúmenes en 4.º

El Sr. Lafuente sospecha que debió hacer una edición D. Francisco Gallardo en 1721.

En 1778, en Madrid se hizo otra en casa de Doblado, 5 vols. en 4.º m.

Otra en la misma casa en 1793, á la que se añadió un tomo de cartas inéditas.

En nuestro siglo son muchas más las ediciones que se han hecho. Citaremos entre ellas la de D. Nicolás de Castro Palomino, Madrid, 1851, en 4.º, reproduciendo por completo la de 1793, y añadiendo á lo último del tomo IV varias cartas omitidas en las anteriores ediciones.

Castro hizo una edición en 5 vols. en 8.º, mientras la librería religiosa de Barcelona publicaba otra edición abreviada.

Al francés han sido vertidas las obras de Santa Teresa por el señor de *Bretigny* (1601), aunque anteriormente ya se habian publicado otras traducciones.

En Paris han visto la luz las obras de nuestra Santa Madre, en 1644, 1650, 1657 y 1667.

Una nueva traducción se publicó en 1670 y otra en 1672. Hubó también ediciones parciales en 1690 y 1691.

Peró á todas es preferible la de *Bretigny*.

El P. Marcelo Bonix, de la Compañía de Jesús, publicó una traducción en Paris, en 5 volúmenes en 8.º Una segunda edición salió á luz en 1859 en 3 vols.

El Sr. Lafuente menciona siete ediciones de la *Vida de Santa Teresa* y del *Camino de perfección*; la primera 1 vol. en 8.º y la otra 1 volumen en 16.º

Por último, el abate Miguel publicó en 1840 una colección completa de las obras de la Santa.

Al italiano han sido traducidas también diversas veces.

El agustino fray Antonio Kerberkia, Prior del Convento de Maguncia, tradujo al latín la *Vida* de Santa Teresa, y sus obras fueron vertidas al propio idioma por Matias Martinez y verificada su impresión en Colonia.

Hay traducciones además en inglés, alemán, flamenco y polaco.

Entre nosotros, el Sr. D. Vicente Lafuente ha publicado algunas ediciones de las obras de Santa Teresa de Jesús; tales son:

*Sus obras*. Cinco volúmenes en 8.º Otra edición corregida y aumentada, en 6 vols. en 4.º

*Las fundaciones*. Una edición autográfica y otra sin autografiar, 1880.

Su *Vida*. Idem autográfica, 1873.

*Sus escritos*. Añadidos é ilustrados. Biblioteca de autores, t. 53.

El mismo ilustrado Sr. Lafuente fué autor de una *Vida de Santa Teresa de Jesús*, ilustrada con 18 láminas cromolitográficas y textos tomados de sus escritos y de otros autores célebres; 8.º apaisado.

Las cartas de aquella gran mujer han sido objeto de diversas ediciones. Una hizo Rivadeneyra. Otra se publicó con notas del P. Fr. Pedro de la Asunción, por orden del R. P. Fr. Diego de la Presentación. Madrid, 1752.

Los autores que de Santa Teresa se han ocupado, son muchos:

El P. Julián de Avila, que fué su confesor, escribió su *Vida*, y este trabajo ha sido publicado y anotado por el repetido Sr. Lafuente. Madrid, 1881, en 4.º

Fray Diego de Yepes, religioso jerónimo, coetáneo de la Santa y Obispo de Tarazona, publicó otra *Vida, virtudes y milagros de la Bienaventurada Virgen Santa Teresa de Jesús*, formando 2 tomos en un vol. en 8.º m.

Al P. Nieremberg se debe otra *Vida* en un tomo en 16.º

Y para no hacer interminable este artículo, sin más pretensiones que las de un ligero apunte bibliográfico, citaremos en globo las obras del R. P. Fr. M. de T., Fr. Bonifacio del Moral, Francisco de Ribera de la Compañía de Jesús, los Apuntes de Gracián, las de Doña Isabel Cheix y Martínez, de la Baronesa de Cortes, de los Sres. D. Antonio Selva, Bravo y Tudela, Altés y Alabart, Fr. Antonio de San Joaquín, D. Enrique Ossó, y finalmente, el *Album Teresiano* publicado en conmemoración del Tercer Centenario de la muerte de la Santa, en 1892, en folio.

Pero por muchas que sean las plumas que se han ocupado en biografar y enaltecer á la incomparable mujer, insigne Doctora, escritora distinguidísima, fundadora y reformadora incansable, religiosa muy favorecida por la Divina gracia y Virgen purísima del Señor; y por muy valiosas que ellas hayan sido, nunca serán tantas ni tales como se merecen las altas virtudes y excepcionales dotes de la que es motivo de legítimo orgullo para su pueblo, para su patria y para sus conciudadanos.

ENRIQUE BALLESTEROS

Avila 7 Octubre 1895.

## MONJE DEL SIGLO XV



Grabado de D. Julio Escobar.

## LOS SIGLOS BENDECIRÁN TU NOMBRE

España guarda una de sus más genuinas tradiciones, que veneran todos los tiempos con unanimidad de consentimiento, cual en relicario de delicada filigrana, en la histórica ciudad abulense.

Allí, despiértanse en el alma recuerdos sobre-humanos, ante cuya misteriosa atracción, no puede retroceder, ni aún la admiración de aquel incrédulo, que ante los conceptos de lo sublime, posa con indiferencia su mirada á manera de ser insensible: porque el hombre, necesariamente impelido por una fuerza dulcemente irresistible, remóntase de las regiones de la naturaleza, á aquellas del espíritu, donde vibran los encantos de la religión con inmutables y candorosos sonidos.

Los éxtasis de un alma privilegiada, que no pueden concebirse sin la unión con Dios; y sin que fueran sueños, fantaseando, para encontrar en delicado arrobamiento, la única verdad que ilustrar pueda á las más obsecradas inteligencias, levantáronse invencibles por una gracia, en aquel suelo mil veces bendito; donde los Cepedas y Ahumadas, legaron á la historia patria laureles que reverdecen por el soplo que mide la balanza de la justicia de los tiempos.

De Teresa de Jesús, es esa tradición en ese suelo, de los éxtasis y recuerdos: y su nombre, que descifrara los Cielos en la hermosa Aurora del más sorprendente día, cuando en ella se desprende la primorosa gota del rocío, para brillar como rica perla, que engalana el candor de la arrebatada rosa, al abrir perfumado caliz para besar las diafanidades de los primeros instantes del día: no puede solo ser pronunciado en los bastos confines de la Católica España; sino que, con himno de bendición, ungido por las grandezas de la heroína que lo lleva esplendente de gloria; atraviesa orgulloso cordilleras, recógelo de nuestras playas la brisa de los mares y el céfiro que arrebató las esencias de los valles, lo transporta á los últimos confines del mundo, y hasta en la escarpada isla donde el salvaje se oculta en la quebradura de las peñas; escribilo en el alma el misionero católico, cuando sin más armas que las templadas al acero de la caridad, lo pronuncia con la solemnidad del espíritu cristiano; quedando legado á nuevas posteridades, al derramar el agua santa del bautismo sobre aquellos seres de opresora y abominable esclavitud, que ya divisan la mano fuerte del justo, que por ese sacramento, firma el pacto infalible de la más noble libertad.

Este nombre, como muralla de bronce, se levanta en la noble cuna que mece el ténue viento, que á Avila trae los secretos divinos; y ante la cual se desharán los violentos empujes de un mar profundamente encenagado, que levanta las impetuosas olas de la herejía, y del abatimiento del espíritu cuando rompe los lazos delicados que une á la Iglesia con su cabeza visible, ante la desbordada corriente de la impía Alemania en el siglo XVI, cuando osada confundió en negras espumas, la pureza de costumbres por los gérmenes de la destrucción entronizada en las pasiones, que arrastraba á los sacerdotes de sus respetados asientos, á los monjes de la soledad de sus claustros; y, destrozando los libros santos, para hacer del dogma la ligera pluma, que, flotante en su atrevida superficie, pregónase con ensordecedor eco la era de la más espantosa filosofía.

Pero, España en su corazón, tiene ya en ese siglo el timbre más glorioso, el arsenal celeste de la mística ciencia, en una mujer débil por el sexo, perseguida y contrariada porque en ella germina la semilla deifera de la verdad, que en preservada inteligencia, se suscitan, se atropellan, se suceden con la velocidad del rayo las ideas sublimes que se estamparon en los libros de la sana teología.

Si, de esa mujer que es Teresa de Jesús, se levantará una nueva ave de Jove del virgen nido de la patria, para remontarse atrevida sobre las más altas cimas, y sentir rugir á sus pies la implacable tempestad, que pretende llegar hasta el Cielo: agitará sus alas, y en noche obscura, aparecerá como luna que con rayos, de plata rasgue los negros espacios que en la superficie de los lagos ocultan el azul inimitable del firmamento.

Ella no conoció las pausas de los albores de la inconstante vida; nació para amar, y, siendo Dios el objeto que eligiera para cicatrizar heridas de flaqueza humana con el bálsamo de esa flor, que hace del ser la creación más digna, más delicada y más incomprensible, le ama con todas las veras de que es capaz la condición del corazón; y ante las correspondencias de este amor, es indudable, que, en aquel siglo XVI, cuando gime la esposa inmaculada de Cristo ante la perversión de sus desnaturalizados hijos; y en el que ya no existe en el mundo un Justino, centinela avanzada de la verdad católica; ni un Agustín, defensor de la gracia; ni un Crisóstomo, de cuya pluma salieron brillantes escritos; ni un Tomás de Aquino, que con su inspirada voz aterrara á los enemigos de la Iglesia; fuese esta enamorada del Salvador del hombre, la elegida para tremolar la Cruz con la fé viva del evangelio, y combatir los absurdos del paganismo difundidos por el falso doctor Witemberg, y contrarrestar las fuerzas de la revolución luterana con inesperados hechos.

Los siglos pues, bendecirán tu nombre, ¡oh Teresa de Jesús! porque si al lado de Ignacio de Loyola, que funda la Compañía de Jesús, é impone á sus individuos un nuevo voto de obediencia al Romano Pontífice; de un José de Calasanz, instituyendo las escuelas Pías, para dirigir hacia el bien la ternura de la infancia; de un Francisco de Borja; de un Diego de Alcántara; brillando todos cual astros luminosos en los horizontes del mundo cristiano; tú, y, allá, cuando el hidalgo español, vé por esa luz de esos astros inmortales los dones con que la circunda la naturaleza y la gracia; abres el gran libro de tu misma vida, donde en rústica corriente fertilizas las regiones de la paz que acalla los gemidos del alma, y enjuga las lágrimas de aquel desgraciado que se aparta del camino que conduce al hermoso día de la única felicidad, porque le enseñas para atraerle al conocimiento de Dios, con el modo de amarle, como exige este Ser Supremo de sus criaturas.

Bendito tu nombre repetirán los siglos: ante la portentosa obra de la atrevida reforma del Carmelo que llevastes á cabo, y en la que tus lábios destila la dulce miel de la ciencia, embriagando á un San Juan de la Cruz para rendirte en aquel sublime espíritu, que vagó en los espacios, inspirando fervor á la or-

den carmelitana, cuyos imperecederos recuerdos se pierden en el prolongado día de los tiempos....

¡Avila! ni el romanticismo de tu brillante historia; ni tu nobleza castellana por la que te apellidas de los Caballeros; ni tus muros que en compacto granito te dieron fortaleza; ni tus templos dó el cristiano arte es fénix que se desenvuelve sobre las llamas de un fuego alimentado por la tea de las destrucciones impías; ni tus no lejanos montes, donde aún parece resonar el eco murmurador de grandes hazañas; ni aquellas huellas que el tiempo no borra del sentimiento, dejando ver con desapasionado ideal los majestuosos pasos de una Reina Católica; ni el escudo de tu invencible ciudad, donde en descifrado geroglífico dice á los cuatro vientos, es muy digna del respeto y veneración con que de justicia la ampara y la defiende el glorioso é invicto pendón Español, serían troieos suficientes para bendecir con los siglos, la que siendo tú, ya, la que nadie te puede disputar, la que hoy alegre, conmueve, llenando de regocijo á todos los corazones, y la que siendo Teresa de Jesús, los Angeles en el Cielo pulsando lirras de finísimo oro, cantan las alabanzas de su preclaro nombre, haciéndolas resonar en la tierra para que reciba como homenaje el incienso de la oración sagrada; y con las galas de la creación, el trinar melodioso del avecilla, que graciosa se mece en la enramada, como la flor con sus matices salpicada de la cristalina gota del manso arroyo, que, serpenteando dá el verde esmeralda de los prados: sí, tú; ¡oh ciudad! que abres un relicario santo, por el que pasaron para ir á morar en mármoreas tumbas varones insignes abrazados á la religión, á la ciencia y al arte; no dices en alta voz al decantado mundo moderno, apoyada en la sólida doctrina que enseñó esa inclita doctora, y sin que puedas inclinarte como débil caña al más ligero viento, que: *La pretendida filosofía del protestantismo, es á manera de antorchas fúnebres, deslizándose sobre el enlutado suelo donde mora, solo pueden alumbrar en las pavorosas sombras de la muerte.*

EL PRESBITERO, SPÍNOLA

Granada y Octubre de 1895.

## SONETO

Gira en la esfera del destino humano  
Del tiempo la acerada manecilla  
Y al rápido girar todo se humilla,  
Todo desaparece, todo es vano.  
Tan solo tú con piadosa mano,  
Con santo celo en que el exceso brilla,  
Con el poder de tu virtud sencilla,  
Fundaste lo inmortal en lo cristiano.  
Todo polvo será, todo pavesa,  
Ante la acción del tiempo destructora,  
Tan solo forma, incorruptible, ileza  
Y libre de su acción demoledora  
Surge tú imagen sin igual Teresa  
Del siglo XVI brillante aurora.

CARLOS G. FERNÁNDEZ

## PROGRAMA DE FESTEJOS

- DÍA 14. Limosnas á los pobres de la ciudad. Se repartirán 500 bonos de una peseta, distribuidos por los señores Concejales.  
Por la noche, fuegos artificiales en la plaza de San Vicente por el pirotécnico Sr. Esteban.  
DÍA 15. Al romper el alba, dianas por las músicas de la población.  
Á las nueve de la mañana, fiesta religiosa en la Santa Iglesia Catedral.  
Por la tarde la tradicional procesión de la Santa, con asistencia de las autoridades y cofradías.  
DÍA 16. Cuañas con premios en metálico en la plaza del Alcazar.  
DÍA 18. Iluminación á la veneciana en la plaza del Alcazar y cuañas.  
DÍA 19. Concurso de dulzainas, cuyas condiciones y premios se anunciarán oportunamente en programa especial.  
Fuegos artificiales.  
DÍA 20. Solemne función religiosa costeada por el Excmo. Ayuntamiento en la iglesia de Santa Teresa.  
DÍA 22. Último día de novena y función religiosa á cargo del Real Patronato de Santa Teresa.

Además de los festejos oficiales, los casinos del *Recreo é Hijos del Trabajo* celebrarán bailes y en el teatro Principal actuarán los autómatas italianos del Sr. Narbón, y el Miércoles, corrida de novillos en la plaza de Toros.

TIPOGRAFÍA DE SARACHAGA É HIJO